

probarlo. Porque los de Megara, desertando del partido de Antígono, se unieron con Arato; y los de Trecene con los de Epidauro se incorporaron con los Aqueos. Abriendo él la primera salida acometió al Atica, y pasando á Salamina, la taló usando de las fuerzas de los Aqueos, como si las hubiera sacado de una cárcel para todo cuanto quería. Restituyó á los Atenenses los hombres libres sin rescate, dándoles este principio y motivo de defeccion. Hizo á Tolomeo aliado de los Aqueos, dándole el mando para la guerra, así por tierra como por mar. Era tan grande su poder entre los Aqueos, que ya que no fuese permitido ser general todos los años, lo elegian un año sin otro, y en la realidad y en la opinion siempre tenia el mando; por ver que ni riqueza, ni gloria, ni la amistad con los Reyes, ni el bien particular de su patria, y en fin que ninguna otra cosa, anteponia al aumento y prosperidad de la liga de los Aqueos; porque creia que siendo débiles las ciudades cada una de por sí, se salvaban unas con otras enlazadas con el vínculo de la utilidad comun; y al modo que en los cuerpos los miembros viven y respiran por la juntura de unos con otros, y cuando se separan y desunen se sigue la gangrena y la corrupeion, así tambien las ciudades son destruidas y arruinadas por los que dividen sus intereses, y se aumentan y crecen unas con otras cuando siendo partes de un todo grande, es una misma la razon que los gobierna.

Como viese que los pueblos principales entre los circunvecinos gozaban de independenciam, incomodado con que los Argivos estuviesen esclavizados, armó asechanzas para quitar del medio á su tirano Aristómaco, queriendo de una parte remunerar á la ciudad con la libertad por la educacion allí recibida, y de otra agregarla á los Aqueos. Encontráronse algunos que se resolvian á ello, al frente de los cuales se hallaban Esquilo y Carimenes el adivino; pero no tenian espadas, ni cómo adquirir las, estando impuestas graves penas por el tirano á los tenedores. Dispúoles, pues, Arato en Corinto algunos alfanjes cortos, y escondiéndolos en unas enjalmas, puso estas acémilas que iban cargadas de efectos de poco valor, y así los envió á Argos. Admitió el

adivino Carimenes á un hombre para la empresa; y llevándolo mal Esquilo y los de su bando, quisieron ejecutarla por sí solos, descartándose de Carimenes; pero entendiéndolo este, llevado de enojo los denunció en el momento de ir á poner manos en el tirano. Por fortuna los mas pudieron aun prevenir la denuncia, y huyendo de la plaza se salvaron en Corinto. Pasado poco tiempo fue muerto Aristómaco por sus esclavos, pero se apresuró á apoderarse de la autoridad Aristipo, tirano mas aborrecible todavia que aquel. Arato entonces echando mano de cuantos Aqueos alli habia en edad proporcionada, fué á toda prisa en socorro de la ciudad, creyendo hallar dispuestos y preparados á los Argivos. Pero estando los mas de ellos contentos por la costumbre con la esclavitud, como nadie acudiese á él, se retiró dejando contra los Aqueos el cargo de que en plena paz habian hecho la guerra, sobre lo que se les puso pleito ante los de Mantinea; y no compareciendo Arato, lo ganó Aristipo, adjudicándosele la multa de treinta minas. Odiaba, pues, Aristipo y temia al mismo tiempo á Arato, por lo que le asechaba para quitar la vida, ayudándole en ello el Rey Antígono; y por todas partes hormigueaban los que se prestaban á este infame ministerio, y que espiaban la oportunidad; pero no hay guardia mas cierta y segura del hombre que manda que el amor, porque cuando la muchedumbre y los principales se acostumbran á temer, no al caudillo, sino por el caudillo, ve este con muchos ojos, oye con muchos oidos, y precave lo que va á suceder. Propóngome por tanto cortar aquí la relacion para tratar del método de vida de Aristipo, en que le constituyó la tan apetecible tirania y el fasto de la monarquía con tantos encomios celebrada.

Porque este, con tener por su aliado á Antígono, con sustentar á muchos para la seguridad de su persona, y no haber dejado en la ciudad con vida á ninguno de sus enemigos, á pesar de todo esto mandaba que los lanceros y todos los de la guardia se salieran afuera al corredor: á los esclavos, luego que cenaban, los echaba tambien fuera y cerraba la puerta de enmedio; y él con su amiga se retiraba á un pequeño gabinete en alto, cerrado con puerta levadiza, sobre la

que ponía el lecho y dormía, como debía dormir quien vivía de aquel modo, con la mayor agitacion y temor. La escalera de mano la quitaba la madre de su amiga, y encerrándola en otro cuarto, á la mañana la volvía á poner, llamando á este admirado tirano que salía como una serpiente de su escondrijo. Mas el otro, que no con las armas y la fuerza, sino legitimamente, como premio de su virtud, se habia granjeado un imperio perpetuo con vestir una túnica y un manto como cualquiera particular, y haberse declarado enemigo comun de todos los tiranos, hasta estos nuestros dias ha dejado un linaje distinguido y apreciado entre los Griegos; cuando de aquellos que se han apoderado de ciudadelas, que han mantenido lanceros, y que se han encerrado con puertas y cerrojos para poner en seguro sus personas, muy pocos son los que han escapado de morir de golpe como las liebres, y de ninguno de ellos ha quedado casa, linaje ó sepulcro que conserve su memoria.

Desgraciáronse á Arato diferentes tentativas contra Aristipo, ya secreta, ya abiertamente para apoderarse de Argos. En una ocasion llegó hasta arrimar las escalas al muro, y á subir á él con muy pocos, dando muerte á los de la guardia que acudieron á sostener el puesto. Despues venido ya el dia, y sobreviniendo el tirano con fuerzas por todas partes, los Argivos, como si aquella batalla no tuviera por objeto su libertad, sino que se hallaran arbitrando sobre los juegos Nemeos, se estuvieron sosegados, equitativos y justos espectadores de lo que pasaba; pero Arato se defendió valerosamente, y aunque fue herido en un muslo con lanza arrojada, se sostuvo en los puntos ocupados sin retirarse hasta la noche, viéndose ya muy molesto de los enemigos. Y si hubiera aguantado todavía la fatiga por aquella noche, no se le habria malogrado la empresa; porque el tirano ya pensaba en la fuga, y habia remitido al mar muchos de sus efectos; pero ahora, no teniendo Arato quien se lo noticiase, faltándole el agua, y no pudiendo valerse de su persona á causa de la herida, hubo de retirarse con sus soldados.

Habiendo resuelto desistir de este medio, invadió abiertamente con ejército la Argólida y se puso á talar el pais, don-

de habiendo tenido con Aristipo una recia batalla junto al rio Cares, se le culpó despues de haber abandonado el combate y haber malogrado la victoria; porque siendo indudablemente vencedoras las otras tropas, y habiendo ido de carrera muy adelante, él no tanto por ser estrechado de los que contra sí tenia, como por desconfiar de la victoria y haberse acobardado, se retiró muy en órden al campamento. Cuando los otros volviendo de perseguir á los enemigos se le mostraron disgustados de que habiendo ellos rechazado á los enemigos, y matádoles mucha mas gente que la que habian perdido, se consintiese á los vencidos erigir contra ellos un trofeo, avergonzado determinó volver á la contienda por el trofeo; y no dejando pasar mas que un dia, sacó otra vez ordenado su ejército; pero en vista de que habian acrecentado su número, y se presentaban mas osadas las tropas del tirano, no se atrevió, y recogió por capitulacion los muertos. Cubrió sin embargo y compensó este yerro con su inteligencia y afabilidad para el gobierno y para el trato, y aun agregó la ciudad de Cleonas á los Aqueos. Celebró en ella los juegos Nemeos, como que le eran hereditarios y tenía á ellos preferente derecho. Celebráronlos asimismo los Argivos, y entonces por primera vez sufrió quebranto la inmunidad y seguridad concedida á los contendores, porque á cuantos Aqueos de los que lidiaron pudo aprehender al paso por su territorio, los vendió como enemigos. ¡Tan extremado é implacable era en su odio á los tiranos!

Teniendo de allí á poco noticia de que Aristipo insidiaba á Cleonas, y que le temia viéndole establecido en Corinto, juntó por un bando su ejército y pasó á Cencris, llamando con este engaño á Aristipo para que en su ausencia cayese sobre Cleonas, como así sucedió, porque al punto movió de Argos con bastantes fuerzas. Arato, que ya desde Cencris habia vuelto de noche á Corinto, y tenia tomadas con guardias las avenidas, condujo allá los Aqueos, los cuales le siguieron con tanto órden, prontitud y ardor, que no solo mientras estuvieron en marcha, sino aun despues de haber pasado á Cleonas siendo todavía de noche, y de haberse formado para batalla, no tuvo de ello conocimiento ni sospecha Aristipo.

Cuando al hacerse de día se abrieron las puertas, y la trompeta hizo la señal, acometió con velocidad y gritería á los enemigos, y los puso al punto en fuga, siguiéndoles el alcance por donde pensó que principalmente procuraría escapar Aristipo, por tener el terreno muchos senderos. Fuéronlos, pues, persiguiendo hasta Micenas, y el tirano fue alcanzado y muerto, según dice Dinias, por un Cretense llamado Tragisco; de los demas murieron sobre mil y quinientos. Arato en medio de tanta ventura y de no haber perdido ni un solo hombre, con todo no tomó á Argos ni le dió la libertad, habiéndose introducido con las tropas del Rey Agias y Aristómaco el menor, y apoderándose del mando; mas á lo menos produjo esta accion el efecto de desacreditar los dichos, burlas y bufonadas de los que adulan á los tiranos y les hablan á su gusto, porque decian que al general de los Aqueos se le descomponia el vientre en las batallas, y le daban congojas y desmayos en el punto que se presentaba el trompetero; y que en habiendo ordenado la hueste y dado la seña, preguntaba á los gefes inmediatos y comandantes de los cuerpos, si era necesaria para algo su presencia, porque ya estaban tirados los dados y se retiraba á aguardar apartado de allí el éxito. Anduvo esto tan valido, que era cuestion entre los filósofos en las escuelas, si el palpar el corazon y mudarse el color en los peligros provenia de miedo ó de mala complexion del cuerpo y de cierta frialdad; citando siempre á Arato, que con ser un gran general experimentaba estos accidentes en los combates.

Acabado que hubo con Aristipo, volvió su atencion y sus asechanzas contra Lisiadas Megalopolitano que tenia tiranizada su misma patria. No era Lisiadas por naturaleza ruín é insensible al honor, ni como los mas de los que dominan solos, se habia arrojado por destemplanza ó codicia á esta maldad; sino que llevado del amor de la gloria, todavía jóven, y seducido con las vanas y mentidas alabanzas que se hacen de la tiranía como de cosa feliz y admirable, sin reflexionar hicieron estas especies presa en su ánimo ambicioso; y erigido en tirano, en breve contrajo la arrogancia y orgullo propios de la monarquía. Como con aquellas prendas

emulase la dicha de Arato, y temiese sus asechanzas, concibió la idea de la mas loable de todas las mudanzas, que fue libertarse primero á sí mismo de ser aborrecido, de temores, de encierros y de guardias, y constituirse despues el bienhechor de su patria. Llamando, pues, á Arato, abdicó la autoridad é incorporó su ciudad en la liga de los Aqueos, lo que apreciaron estos sobremanera y le nombraron general. Al punto le vino el deseo de superar en gloria á Arato. para lo que promovió muchas empresas no necesarias, y entre ellas la de denunciar la guerra á los Lacedemonios; y como Arato se le opusiese parecia que era envidia, y mas que fue nombrado segunda vez general Lisiadas, trabajando en contra Arato, y procurando que se diera á otro el mando; porque como hemos dicho era general un año sin otro, y Lisiadas mandó así hasta la tercera vez, elegido tambien alternativamente con Arato; pero cuando ya declaró su enemistad contra este, acusándole muchas veces ante los Aqueos, no hicieron mas caso de él, porque se vió que su competencia en virtud no tuvo un motivo sólido y puro, sino solo aparente. Y así como dice Esopo que al euclillo cuando preguntó á las aves menores por qué huian de él, le respondieron estas que porque habia de venir á ser gavilan; del mismo modo parece que á Lisiadas le acompañaba siempre una sospecha y desconfianza de la sinceridad de su conversion.

Fue tambien Arato muy aplaudido por su conducta en la guerra con los Etolios, cuando intentando acometerles los Aqueos delante de Megara, y llegando á auxiliarles con su ejército el rey Agis, en el momento de dar la batalla se opuso á los deseos de estos, y aguantando muchos improperios y muchas burlas é insultos acerca de su timidez y cobardia, no sacrificó lo que creyó conveniente á lo que podia parecer una afrenta, sino que permitió á los enemigos pasar impunemente por Gerania hasta entrar en el Peloponeso. Mas cuando despues de haber entrado tomaron repentinamente á Pelene, ya no fue el mismo, ni tuvo paciencia para esperar que se reunieran y juntaran de los diferentes puntos todas las fuerzas, sino que sin dilacion con las que tenia á mano acometió á los enemigos, debilitados

con la misma victoria extraordinariamente por su desorden é indisciplina. Porque en el momento mismo de entrar, los soldados se esparcieron por las casas, de las que se expelían unos á otros y armaban pendencias sobre los despojos; y los caudillos y gefes de los cuerpos corriendo las calles, robaban las mujeres y las hijas de los Pelenios, y quitándose los morriones se los ponían á estas para que ninguno se las apropiara, sino que por el morrion se viera quién se habia hecho amo de cada una. Estando, pues, en esta disposicion, y siendo este su porte, les llegó repentinamente la noticia del acontecimiento de Arato; y cayendo en ellos el sobresalto que era natural en semejante desorden, antes que todos supieran el peligro, los primeros dando en los Aqueos huyeron, vencidos ya de antemano; y ahuyentados en tropel llenaron de confusion á los que se iban reuniendo para venir en su socorro.

En este tumulto una de las cautivas, hija de Epiquetes, varon muy principal, y ella sobresaliente en la belleza y estatura de cuerpo, se hallaba acaso en el templo de Diana, donde la habia colocado el comandante de las tropas escogidas que a habia elegido para sí poniéndole el morrion con los tres penachos. Corriendo, pues, velozmente al tumulto, luego que estuvo á la puerta del templo y se puso á mirar desde arriba á los que peleaban teniendo en la cabeza los tres penachos, para sus mismos ciudadanos fue un espectáculo sobrehumano, y á los enemigos, pareciéndoles que tenian delante una vision divina, les causó terror y espanto sin que pudiera ninguno valerse de las armas. Dicen los mismos Pelenios que á la imagen de la Diosa por lo comun la dejan inmóvil; pero cuando movida por la sacerdotisa es llevada en procesion, nadie se atreve á mirarla, y antes todo apartan la vista; pues no solo para los hombres es objeto de miedo y espanto, sino que hasta los árboles se hacen infructíferos y se marchitan los frutos en el término por donde pasa. Añaden que en esta ocasion la sacó la sacerdotisa, y volviéndola siempre de frente á los Etolios, se quedaron estúpidos y perdieron la razon; pero Arato nada de esto dice en sus Comentarios, sino solamente que derrotó á los Etolios, y car-

gando á los que huían hácia la ciudad, los arrojó de ella á viva fuerza, matándoles setecientos hombres. La hazaña fue una de las mas celebradas, y el pintor Timantes hizo un cuadro en el que estaba esta batalla expresada muy al vivo.

Como á este tiempo se levantasen muchas naciones y potentados contra los Aqueos, hizo Arato sin detencion amistad con los Etolios; y valiéndose para el objeto de Pantaleon, que era quien con estos tenia mayor influjo, no solamente paz, sino hasta alianza negoció entre Aqueos y Etolios. Tomó luego el empeño de libertar á los Atenienses, sobre lo que fue censurado y calumniado por los Aqueos, por cuanto mediando concierto entre ellos y los Macedonios, y estando en treguas, intentó sin embargo tomar el Pireo; pero él lo niega en los Comentarios que nos ha dejado, y echa la culpa á Ergino, aquel con quien se apoderó del Acrocorinto, porque acometiendo por sí privadamente al Pireo, y rompiéndosele la escala, cuando se vió perseguido nombró á Arato, llamándole repetidas veces como si allí se hallara, y con este engaño pudo librarse de los enemigos. Mas parece que esta apología no logró gran crédito, pues ninguna razon habia para que Ergino, que no era mas que un particular, y Siro, concibiese por sí semejante propósito, á no haber tenido á Arato por director, y haber recibido de él para la ejecucion las fuerzas y las instrucciones; de lo que dió pruebas el mismo Arato, aspirando como los amantes desairados, no dos veces ó tres, sino muchas á ocupar el Pireo, no cediendo á los desengañados; sino que por haber estado siempre en muy poco el no haberse cumplido su esperanza, esto mismo le incitaba á confiar de nuevo; y aun una vez se dislocó una pierna huyendo por Triasio, de resultas de lo cual sufrió muchos incisiones en la curacion, y por largo tiempo fue preciso para mandar las acciones que le llevaran en litera.

Muerto Antígono, y sucediéndole en el reino Demetrio, tomó con mayor ardor el pensamiento sobre Atenas, mirando con el mayor desprecio á los Macedonios. Por lo mismo habiendo sido vencido en la batalla cerca de Filacia por Bites, general de Demetrio, y corriendo voces entre unos de

que habia sido preso, y entre otros de que habia muerto, Diógenes que mandaba la guarnicion del Pireo envió carta á Corinto, dando órden á los Aqueos de que se desprendieran de aquella ciudad, pues que Arato era muerto; pero hizo la casualidad que el mismo Arato se hallase en Corinto cuando llegó la carta, y siendo objeto de entretenimiento y risa los mensajeros de Diógenes, tuvieron que marcharse. El Rey envió desde Macedonia una nave para que en ella le llevaran atado á Arato; y los Atenienses, poniendo en ejercicio toda la vanidad de su adulacion, pusieron coronas sobre sus cabezas apenas corrió la noticia de que habia muerto. Irritado por tanto, dispuso otra expedicion contra ellos, y llegó hasta la Academia; pero aplacado despues en nada los ofendió, y los Atenienses tomando en consideracion su virtud, como muerto ya Demetrio aspirasen á ser libres le enviaron á llamar. Arato sin embargo de que entonces era otro el general, y él guardaba cama por una larga enfermedad, llevado en litera se prestó gustoso á servir á la ciudad, y obtuvo del comandante de la guarnicion Diógenes que entregara á los Atenienses el Pireo, Muniquia, Salamina y Sunio por ciento y cincuenta talentos, de los cuales contribuyó él mismo por sí con veinte. Agregáronse inmediatamente á los Aqueos, los Eginetas y los Hermionios, y se les hizo tributaria la mayor parte de la Arcadia; y como los Macedonios se hallasen implicados en guerras con sus vecinos y comarcanos, y los Etolios fuesen sus aliados, recibió el poder de los Aqueos un grande incremento.

Arato llevando siempre adelante su antiguo designio, y no pudiendo sufrir la tiranía de Argos que les era tan vecina, envió quien persuadiera á Aristómaco á que proponiéndolo en junta procurase agregar aquella ciudad á los Aqueos, y á que imitando á Lisiadas, quisiera mas bien ser general de una nacion de tanta fama, que tirano de una sola ciudad, temeroso siempre y aborrecido. Conviniendo en ello Aristómaco, y pidiendo que Arato le remitiera cincuenta talentos para pagar y despachar las tropas que le servían, se le alargó efectivamente esta suma; pero Lisiadas que todavia era general, y ambicionaba hacer suyo este servicio que se dis-

pensaba á los Aqueos, calumnió á Arato ante Aristómaco de que siempre miraba con implacable odio á los tiranos; y alcanzando de este que dejara por su cuenta la negociacion, le atrajo á unirse con los Aqueos. Mas aqui dieron estos á Arato la mayor prueba de su amor y de la confianza que en él tenian, porque habiendo él hablado en contra, despidieron á Aristómaco; y cuando despues conviniendo ya el mismo, comenzó á hablar del propio asunto, todo lo decretaron prontamente á su gusto, y admitieron á los Argivos y Flisios á la comunion de un mismo gobierno, eligiendo general un año despues á Aristómaco. Como este tuviese el favor de los Aqueos, y quisiese invadir la Laconia, llamó á Arato. Escribióle este desaprobando la expedicion por no querer que los Aqueos contendieran con Cleomenes que era hombre de extraordinario arrojo y habia adquirido maravilloso poder; pero cuando aquel se empeñó en poner por obra su intento, estuvo á sus órdenes y militó á su lado. Por este propio tiempo, resistiendo que Aristómaco trabara combate con Cleomenes que vino á ponérseles delante, fue acusado de Lisiadas; y teniendo á este por contrario y competidor para el generalato, venció en la eleccion, siendo nombrado general la duodécima vez.

Vencido por Cleomenes durante este mando junto al monte Liceo, huyó; y habiendo andado perdido toda la noche, pareció que habia muerto, y otra vez corrió esta voz entre todos los Griegos; pero salió salvo, y recogiendo sus tropas no creyó que debía retirarse con seguridad, sino que aprovechando la ocasion cuando nadie lo esperaba ni pensaba en semejante cosa, cayó de súbito sobre los de Mantinea, aliados de Cleomenes, y tomando la ciudad puso en ella guarnicion, y á los de las aldeas inmediatas los hizo ciudadanos, ejecutando con los Aqueos vencidos lo que apenas alcanzan los vencedores. Mas despues cuando los Lacedemonios acometieron á Megalópolis, habiendo de prestarle auxilio, rehusó dar asidero á Cleomenes que provocaba á batalla, y repugnó á los deseos de los Megalopolitanos, no siendo por una parte inclinado de suyo á estas batallas de frente, y teniendo por otra pocas tropas para oponerse á un

hombre osado y jóven, cuando ya en él decaian los humos y estaba amortiguada la ambicion; pues creia que si Cleomenes adquiria una gloria nueva á fuerza de arrojo, él debia conservar con cuidado la que ya tenia adquirida.

Mas habiendo acometido las tropas ligeras, y ahuyentado á los Esparciatas hasta el campamento, penetrando en sus tiendas, Arato ni por eso se movió á combatir, sino que poniendo delante un torrente, detuvo á la infantería y no permitió que lo pasase; pero incomodado de esto Lisiadas, y blasfemando de Arato, excitó á los de caballería inspirándole deseos de auxiliar á los que seguian el alcance para no malograr la victoria, y exhortándolos á que no le abandonasen cuando iba á pelear por la patria. Alentado con que muchos y esforzados se pusieron á su lado, cargó el ala derecha de los enemigos, y habiéndolos puesto en desórden continuó en su persecucion; pero llevado incautamente de su ardimiento y su ambicion á terrenos ásperos, llenos de maleza y cortados con anchas acequias, volvió allí contra él Cleomenes, y murió despues de haber sostenido el mas glorioso de todos los combates á las puertas de su patria. Los demas pudieron huir á la hueste, é introduciendo el desórden en la infantería, hicieron participar á todo el ejército de su derrota, formándose un gran cargo á Arato de haber al parecer abandonado á Lisiadas; así violentado de los Aqueos, que se retiraban indignados, hubo de seguirlos á Egio. Celebraron allí junta pública, en la que decretaron no suministrarle fondos ni mantener estendidos, sino que él supliera los gastos si queria hacer la guerra.

Mortificado de esta manera, pensaba entregar al instante el sello y renunciar el mando; pero valiéndose de su juicio, sufrió por entonces, y conduciendo los Aqueos contra Oromeno, presentó batalla á Megístono, padrastró de Cleomenes, en la que fue vencedor; y habiéndole muerto trescientos hombres, hizo prisionero al mismo Megístono. Hemos dicho que solia ser elegido general cada dos años; pues cuando llegó su turno, como se le llamase, renunció y fue nombrado general Timójeno. Mas pareció que su resentimiento con la muchedumbre solo era un pretexto poco pro-

bable de la renuncia, siendo la verdadera causa el estado que tenian los negocios de los Aqueos; pues que Cleomenes ya no les hacia la guerra tibia y flojamente, ni era contrariado por las autoridades políticas, sino que como despues de haber dado muerte á los eforos, repartido el territorio y admitido al derecho de ciudadanos á los colonos, tuviese ya una potestad libre, no dejaba respirar á los Aqueos, solicitando el imperio sobre ellos. Por lo tanto reprenden en Arato que viendo á la república agitada con tan grande fluctuacion y tormenta, se condujese como piloto que se amilana y abandona el timon, cuando hubiera sido justo que aun contra su voluntad salvara la liga, ó si daba ya por perdidos los negocios y el poder de los Aqueos, que cediera á Cleomenes, y no volver á condenar á la barbarie el Peloponeso con las guarniciones de los Macedonios, no llenar el Acrocorinto de armas etolias é ilíricas, ni hacer árbitros de las ciudades bajo el blando nombre de aliados á aquellos mismos á quienes de obra hizo la guerra y procuró debilitar, y de quienes habla continuamente con desden y vilipendio en sus Comentarios. Y si Cleomenes era (porque así se decia) violento y tiránico, al cabo sus padres eran Heráclidas, y su patria Esparta, el mas oscuro de lo cual debia ser preferido para el mando al primero de los Macedonios por los que dieran algun valor á la nobleza de los Griegos. Por otra parte si Cleomenes pedia el mando de los Aqueos, era para hacerles muchos bienes en recompensa de aquel honor y aqueltítulo; cuando Antígono, declarado general con ilimitadas facultades de tierra y de mar, no se prestó á usar de la autoridad sin que primero le concedieran por premio de su imperio el Acrocorinto, á manera enteramente del cazador de Esopo (1); porque no se opuso al frente de los Aqueos que le rogaban y se le sometian por medio de embajadores y de decretos, hasta que los tuvo como enfrenados con la guarnicion y los rehenes. Arato bien alza la voz para defenderse con que fue absolutamente preciso; pero Polibio dice que de antemano y con prioridad á semejante necesidad, temiendo Arato la

(1) En la fábula del Ciervo y del Caballo, tan graciosamente indicada por Horacio en la epistola X, lib. I, v. 34.

intrepidez de Cleomenes, habia tratado reservadamente con Antigono y habia importunado á los Megalopolitanos para que instasen á los Aqueos á implorar su auxilio, porque estos eran los mas molestados de la guerra, acosándolos mucho Cleomenes. Del mismo modo habla Filarco de estas cosas, al que á no atestiguarlo tambien Polibio, no deberia darse crédito, porque le saca de tino la pasion en tratándose de Cleomenes; y en la historia, como en un juicio, ya contradice á este, y ya se pone de parte de aquel y concurre á su defensa.

Perdieron, pues, los Aqueos á Mantinea, volviéndola á tomar Cleomenes; y vencidos junto al Hecatombeo en una profiada batalla, quedaron tan consternados, que al punto enviaron quien propusiera á Cleomenes el mando, llamándole á Argos. Arato luego que tuvo noticia de que estaba en camino, cuando se hallaria junto á Lerna con su ejército, como temiese por sí, le envió una embajada diciéndole que viniendo á sus amigos y aliados, bastaria que trajese trescientos hombres; y que si desconfiaba, tomase rehenes. Manifestó Cleomenes que esto lo tenia por insulto y burla hecha á su persona, por lo que se retiró escribiendo á los Aqueos una carta llena de acusaciones y quejas contra Arato. Escribió este otras cartas contra Cleomenes, y corrian injurias y dicterios de uno á otro en que se desacreditaban hasta por sus matrimonios y sus mujeres. De resulta de esto enviando Cleomenes un heraldo que denunciara la guerra á los Aqueos, estuvo en muy poco que no les tomara por traicion á Sicione; y marchando rápidamente de allí, acometió á Pelene; y como hubiese abandonado la ciudad el gobernador puesto por los Aqueos, se hizo dueño de ella. Al cabo de poco tomó tambien á Féneo y á Pentelio, y muy luego se les pasaron los Argivos; y los Fliasios recibieron de él guarnicion. En fin con nada de lo agregado podian contar de seguro los Aqueos, sino que repentinamente vino una gran confusion sobre Arato que veia titubear á todo el Peloponeso y á todas las ciudades puestas en sublevacion por los que querian novedades.

Porque nadie estaba tranquilo ni contento con el estado presente, y aun muchos de los mismos Sicionios y Corintios

se habian manifestado inclinados á Cleomenes, siendo mucho antes sospechosos de que posponian el bien público al deseo de sus propios adelantamientos. Sobre esto se dió á Arato libre facultad, y en Sicione dió muerte á los que halló implicados; en Corinto tentó á inquirir sobre algunos y castigarlos; pero irritó con esto á la muchedumbre viciada ya y mal hallada con el gobierno de los Aqueos. Corriendo, pues, al templo de Apolo, enviaron á llamar á Arato con el objeto de matarle ó prenderle antes de declarar su defeccion; y él acudió al llamamiento trayendo el caballo del diestro, como si ninguna desconfianza ó sospecha tuviese. Viniéronse muchos para él; y como empezasen á motejarle y acusarle, mostrándose afable en el semblante y en las palabras, les dijo que se sentasen y no gritasen así en pie desordenadamente, sino que entrasen tambien los que estaban junto á las puertas; y al mismo tiempo que así hablaba, se retiraba poco á poco como si fuese á entregar á alguno el caballo. Apartandose de allí de esta manera, y hablando con serenidad á los Corintios que hallaba al paso, mandándoles que fueran al templo, cuando se vió cerca de la ciudadela montó á caballo, y dando orden á Cleopatro, comandante de la guardia, de que la custodiase con esmero, se encaminó á Sicione siguiéndole treinta soldados, pues los demas le abandonaron ó se fueron escabullendo. Habiendo los Corintios notado de allí á poco su fuga, fueron en su persecucion, y como no le alcanzasen llamaron á Cleomenes, y entregándole la ciudad no le pareció que equivalia lo que se le daba al yerro cometido en haber dejado ir á Arato. Viniéronse ademas á Cleomenes los habitantes del territorio llamado Acte, y le hicieron entrega de sus ciudades; despues de lo cual circunvaló y sitió con muro el Acrocorinto.

Acudieron á verse con Arato en Sicione no muchos de los Aqueos, y celebrando junta le nombraron general con ilimitada autoridad. Compuso entonces su guardia de solos sus propios ciudadanos un hombre que por treinta y tres años habia mandado á los Aqueos, y que en poder y en gloria habia tenido la primacia entre los Griegos; y en aquel punto abandonado, escaso de medios y quebrantado de fuer-

zas, como en el naufragio de la patria, era combatido de tantas olas y peligros. Porque los Etolios, habiendo él implorado su auxilio, se le habian negado; y á la ciudad de Atenas que por amor de Arato se mostraba muy dispuesta, Euclides y Micion la retrajeron. Tenia Arato en Corinto bienes y casa; pero Cleomenes no tocó á nada, ni se lo permitió á otro ninguno; antes haciendo llamar á sus amigos y administradores, les dió orden de que todo lo cuidaran y guardaran, bajo la inteligencia de que Arato era á quien habrian de dar cuentas; y reservadamente mandó á tratar con este á Tripulo y á su padrasto Megistono, ofreciéndole, ademas de otras cosas, doce talentos de pension anua, excediendo en otra mitad á Tolomeo; porque este le enviaba seis talentos cada año. Su solicitud era que se le nombrara general de los Aqueos, y custodiar en union con ellos el Acrocorinto; pero respondiéndole Arato que él no dominaba la liga, sino que era de ella dominado, y pareciéndole que esto tenia aire de burla, invadió al punto el territorio de Sicione, talándolo y arrasándolo, y por tres meses estuvo sobre la ciudad, aguantándolo Arato, y estando perpleje sobre si accederia á la proposicion de Antígono de entregarle el Acrocorinto; pues de otro modo no se prestaba á darle auxilio.

Congregándose, pues, los Aqueos en Egio, enviaron á llamar allí á Arato, y la salida era peligrosa teniendo Cleomenes bloqueada la ciudad. Detenianle de otra parte con ruegos sus conciudadanos, diciéndole que no era razon arriesgara su persona estando tan cerca los enemigos; pendian así mismo de su cuello las mujeres y los niños, abrazándole y llorando como por el padre y salvador de todos. Mas sin embargo alentándolos y consolándolos, marchó á caballo á la marina con diez de sus amigos y su hijo que aun era mocito; y embarcándose en buques que estaban allí al ancla, le condujeron á Egio á la junta pública, en la que decretaron llamar á Antígono y entregarle el Acrocorinto, sobre lo que le envió Arato su hijo con los demas rehenes. De resulta de esto, llevándolo muy á mal los Corintios, le saquearon cuanto tenia, y de la casa hicieron donacion á Cleomenes.

Cuando ya Antígono se acercaba con su ejército, que era

de veinte mil infantes macedonios y de mil y cuatrocientos caballos, fué Arato con los empleados por la parte de mar á recibir á Pegas, sin que lo entendiesen los enemigos, no teniendo sin embargo gran confianza en Antígono ni en los Macedonios, porque traia á la memoria que sus aumentos le habian venido de los males que á estos habia hecho, y que sus primeros pasos en el gobierno habian tenido por principal base la enemistad contra Antígono el mayor. Mas estrechado de la inevitable necesidad y del tiempo al que sirven aun los que parece que mandan, cerró los ojos y se entregó al peligro. Antígono luego que se le informó de la llegada de Arato, á los demas los saludó con un mediano y comun agasajo; pero á este desde el primer recibimiento le honró extraordinariamente, y habiéndole experimentado en todo hombre de probidad y juicio, contrajo con él la mayor intimidad, porque realmente era Arato, no solo útil para los mas árdusos negocios, sino grato al Rey en los momentos de ocio como el que mas. Por tanto, aunque Antígono era jóven, luego que echó de ver el carácter de Arato, en el que nada habia de áspero para la amistad con un Rey, para todo se valia de él, no solo con preferencia á cualquiera de los Aqueos, sino aun de los Macedonios que tenia cerca de sí. Sobrevino tambien acerca de esto un prodigio, pareciendo que el Dios lo manifestaba en las vietimas; porque se dice que sacrificando Arato poco tiempo antes, se vieron en un hígado dos hieles envueltas bajo una sola tela, y que el adivino le anunció que en breve se uniria en estrecha amistad con sus mayores contrarios y enemigos. Por entonces no dió valor al anuncio, ni en general prestaba mucho crédito á vietimas y adivinaciones, ateniéndose á su razon; pero mas adelante yendo prósperamente la guerra; tuvo un banquete Antígono en Corinto, á que concurrieron muchos convidados, y colocó á Arato en asiento superior al suyo. Pidió de allí á poco una ropa con que cubrirse, y preguntando á Arato si le parecia que hacia frio, como respondiese que en verdad estaba helado, le dijo que se acercase mas, y habiendo traído los sirvientes un paño, arroparon con él á los dos. Entonces viniéndosele á Arato á la memoria lo sucedido con la victima,



no pudo menos de echarse á reir, y refirió al Rey el portento y su explicacion; pero esto ocurrió algun tiempo despues.

Luego que en Pegas se afirmaron los convenios con reciprocos juramentos, marcharon al punto contra los enemigos, y eran frecuentes los combates en los términos de Corinto, estando bien fortificado Cleomenes y defendiéndose valerosamente los Corintios. En esto Aristóteles de Argos que era amigo de Arato, vino secretamente con mensaje para este, proponiéndole que haria se le pasase aquella ciudad si queria marchar allá con tropas. Dió parte de ello á Antígono, y encaminándose por mar prontamente á Epidauro desde el istmo con mil y quinientos hombres, los Argivos, que ya antes se habian puesto en rebelión, dieron sobre las tropas de Cleomenes y las encerraron en la ciudadela. Cuando Cleomenes lo supo temió no fuera que ocupando los enemigos á Argos, le cortaran el paso á Esparta, y abandonando el Acrocorinto, en la misma noche marchó en auxilio de aquellas. Anticipóse de este modo á entrar en Argos, y allí consiguió rechazar á los enemigos; pero acudiendo poco despues Arato, y déjándose ver el Rey con el grueso del ejército, se retiró á Mantinea. De resultas volvieron todas las ciudades á unirse á los Aqueos, Antígono ocupó el Acrocorinto, y nombrado Arato general de los Argivos, les persuadió que hicieran donacion á Antígono de los bienes de los tiranos y de los traidores. En Ceneris en tanto atormentaron y ahogaron á Aristómaco, por lo que padeció mucho la opinion de Arato, diciéndose que con ser este un hombre de no malas partidas, de quien él mismo se habia valido, y á quien habia persuadido desistiese de la autoridad, y que incorporase su ciudad con los Aqueos, á pesar de todo esto habia mirado con indiferencia que se le quitara la vida injustamente.

Culpábasele ya de muchas cosas que sucedian, como de que hubieran hecho donacion á Antígono de Corinto, como pudieran de una miserable aldea; de que despues de haber saqueado á Orcomeno, le permitieron poner en ella guarnicion macedonia; de haber decretado que no escribirían ni enviarían embajada á ningun otro Rey, si Antígono no queria; y de tener que sustentar y pagar sueldo á los Macedonios,

Dispusiéronse sacrificios, libaciones y juegos en honor de Antígono, habiendo sido los primeros los ciudadanos de Arato que le recibieron en la ciudad, dándole este hospedaje; así todo se lo atribuian, no haciéndose cargo de que habiendo puesto en manos de aquel las riendas, y siendo arrastrado del ímpetu de la autoridad real, Arato no era ya dueño sino de sola su voz, que aun corria peligro en la franqueza, y no podia dudarse que habia cosas que le mortificaban, como fue lo de las estatuas. Porque Antígono en Argos, levantó las de los tiranos que habian sido echadas por tierra, y derribó por otra parte las de los que tomaron el Acrocorinto, á excepcion de sola la suya; y por mas que en cuanto á estas le hizo ruegos, nada pudo alcanzar. Parece tambien que no pudo ser cosa griega lo que los Aqueos ejecutaron con Mantinea, porque apoderándose de ella con las fuerzas de Antígono, á los mas distinguidos y principales ciudadanos les quitaron la vida; de los demas á unos los vendieron, y á otros los enviaron aprisionados con grillos á Macedonia; y á los niños y mujeres los esclavizaron. Del dinero que se recogió le dieron la tercera parte, y las dos restantes las distribuyeron á los Macedonios. Mas esto pudo en algun modo excusarse por la ley de la venganza; pues aunque siempre es terrible maltratar así por encono á sus compatriotas y deudos, en la necesidad se hace dulce y no duro, segun Simónides, dando como cierto alivio y desahogo al ánimo doliente é inflamado; pero lo que despues se ejecutó no hay como Arato lo atribuya á ningun motivo, ni honesto, ni de precision; porque recibiendo de Antígono los Argivos en donativo la ciudad, y determinando enviar á ella una colonia, elegido aquel para fundador de ella, y siendo general, decretó que en adelante no se llamara Mantinea, sino Antigonea, que es como se llama hasta el dia de hoy; pareciendo que por él la *anable* (1) Mantinea fue borrada del todo, y que en su lugar permanece una ciudad que lleva el nombre de los que la destruyeron y dieron muerte á sus ciudadanos.

Vencido despues de esto Cleomenes en una gran batalla cerca de Selasia, abandonó á Esparta y se embarcó para el

(1) Así la apellida Homero, *Iliada*, lib. II, v. 607.

Egipto; y Antigono despues de haber hecho con Arato las mayores demostraciones de gratitud y benevolencia, se retiró á la Macedonia; y habiendo allí caido enfermo, á Filipo, mancebo ya y designado su sucesor en el reino, lo envió al Peloponeso, encargándole que atendiese á Arato sobre todos, y por su medio tratase con las ciudades y se diera á conocer á los Aqueos. Tomóle, pues, Arato bajo su cuidado, y le dirigió de manera que le envió á Macedonia lleno de amor hácia él, y de aficion y emulacion hácia los Griegos.

Muerto Antigono, como los Etolios menospreciasen á los Aqueos por su flojedad, á causa de que acostumbrados á ponerse á salvo por manos ajenas, y sostenidos por las armas de los Macedonios, se habian entregado al ocio y la desidia, se arrojaron á tomar parte en los negocios del Peloponeso, y teniendo por un paseo el saquear á los de Patras y Dime, invadieron el pais de Mesena y le talaron; de lo que incomodado Arato, como viese que Timójeno que á la sazón se hallaba de general de los Aqueos, emperezaba y perdía el tiempo, y le tocase mandar despues de él, se adelantó á entrar en ejercicio cinco dias antes, con el fin de ir en socorro de los Mesenios. Reunió, pues, á los Aqueos, faltos ya del uso y cobardes para la guerra, y sufrió una derrota junto á Cafias. Pareció que entonces habia procedido con sobrado arrojé y encono; mas para eso luego de tal manera se entorpeció y dió de mano á los negocios y á las esperanzas, que con ofrecerle muchas veces oportunidad los Etolios, sufrió y llevó con indiferencia que estuvieran como banqueteano en el Peloponeso con la mayor osadía y desvergüenza. Teniendo por tanto otra vez las manos á la Macedonia, atrajeron y mezclaron en los asuntos de la Grecia á Filipo, no siendo la menor parte para ello su amor y confianza hácia Arato, pues esperaban que para todo le hallarian dócil y pronto.

Entonces por la primera vez Apeles y Megaleo con otros palaciegos empezaron á cizañar contra Arato, y seducido el Rey, se puso en la junta electoral de parte de la faccion contraria, procurando que los Aqueos nombraran general á Eperato; pero como luego le despreciasen completamente, y separado de los negocios Arato nada saliese bien, conoció Fi-

lipo su yerro, decidióse otra vez por Arato haciéndose todo suyo; y yendo prósperamente los negocios para su poder y su gloria, se entregó enteramente á él, como que le debia su esplendor y sus aumentos. Parecia, pues, á todos que Arato no solo era un provechoso preceptor para la democracia, sino para la monarquia tambien; porque su conducta y sus costumbres aparecian como un color particular en euanto el Rey hacia. Así la blandura de este jóven para con los Lacedemonios que le habian ofendido; su afable trato con los Cretenses, con el que en pocos dias se atrajo toda la isla; y su expedicion contra los Etolios, que fue sumamente pronta y activa, si á Filipo le adquirieron la gloria de la docilidad, á Arato le conciliaron la de la buena direccion. Creció por lo mismo la envidia en la familia del Rey, y viendo que nada adelantaban con sus calomnias ocultas, abiertamente le escarnecian é insultaban en los festines con el mayor descaro é insolencia, y aun en una ocasion le persiguieron á pedradas hasta su pabellon; de lo que irritado á Filipo, por lo pronto los multó en veinte talentos; mas despues, como le pareciese que le malograban los negocios, y que excitaban alborotos, les quitó la vida.

Engreido mas adelante con verse demasiado favorecido de la fortuna, manifestó ya muchos y desmedidos deseos; y la maldad ingénita, desenvolviéndose y penetrando por entre los mentidos velos, poco á poco descubrió y puso de manifesto su verdadera índole. En primer lugar ofendia á Arato el menor en el honor conyugal, lo que por mucho tiempo estuvo oculto, por vivir juntos, siendo su huésped. Hizose despues despreciable para el trato en los negocios, y se echaba de ver que queria apartar de sí á Arato. Dieron el primer origen á esta sospecha las ocurrencias con los Mesenios, porque habiendo sediciones entre ellos, Arato se atrasó un poco en acudir á apaciguarlos, y Filipo que solo se anticipó un dia en llegar á la ciudad, se apresuró á encender mas la discordia entre aquellos habitantes, preguntando por separado á los magistrados de los Mesenios, si no tenian leyes contra la muchedumbre; y por separado tambien á los prohombres del pueblo, si no tenian manos contra sus tiranos. Cobrando ánimo con esto,